



# APORTES PARA EL SINODO

## RELACIONES

### Sinodalidad y Eucaristía

(Rescatar la profecía contenida en la celebración de la cena de Jesús)

Ciertamente, en nuestra Iglesia, uno de los elementos más necesitados de revisión y cambio es la cultura con la que obispos, sacerdotes y comunidades tratan la Misa. La Iglesia enseña que la Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida de fe. Sin embargo, el modo de concebir y celebrar la Misa ya no alimenta la vida de fe de muchos hermanos y hermanas de las comunidades.

Las fotografías que vemos de esta actual sesión sinodal nos muestran un estilo eucarístico de organización de los grupos en círculo. En el antiguo misal romano, la plegaria eucarística hablaba de los «circunstantes», eso es, los que se ponían alrededor de la mesa. De hecho, la Sinodalidad podría traducirse como Eucaristicidad en el sentido de un modo de organizar la vida basado en el compartir la vida, la comunión fraterna y sororal, así como la acción de gracias.

Qué importante sería que este Sínodo sobre la Sinodalidad recuperara la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia, no sólo como «costumbre devocional» o «culto sacerdotal», sino como profecía de comunión y de compartir, que hace eucarística toda la vida, es decir, centrada en la memoria de la Pascua de Jesús y que anticipa un modo de organizar las relaciones humanas sobre la base de una economía del amor y de la justicia.

A pesar de la renovación litúrgica propiciada por el Concilio, lo que predomina en el rito prescrito por el Misal Romano sigue siendo el carácter sacrificial y sacerdotal. Para que eso quede claro, basta ver la disparidad entre la participación de la comunidad en la liturgia de la Palabra y la escasa participación en el momento de la acción de gracias y la comunión. En la mayoría de las misas, la gente sigue comulgando de las hostias tomadas del sagrario y no del pan consagrado en aquella Eucaristía. Sólo reciben pan y no el vino. El acto de comulgar ya no tiene nada que ver con una verdadera y explícita comunión. No expresa unidad. La gente comulga en fila, con la cabeza gacha, en silencio o entonando cantos rituales.

Desde la antigüedad, la misa ha dejado de tener algo que ver con comer y compartir. El pan y el vino se han convertido casi en símbolos y cada vez se valoran menos. El pan se ha convertido en una partícula, una pequeña oblea que no alimenta a nadie, y el vino se reserva sólo para los sacerdotes celebrantes.

La mayoría de las oraciones del Misal se dirigen a un Dios todopoderoso que nada tiene que ver con el Dios al que Jesús llamaba Abba, Padrecito. La reciente traducción brasileña (la tercera edición del Misal Romano en portugués) ha reforzado aún más un lenguaje sacro separado de la vida y una teología litúrgica medieval que nada tiene que ver con las celebraciones de nuestras comunidades.

En un mundo cada vez más indiferente a las desigualdades sociales y desconectado de la justicia, la celebración de la Eucaristía debería mantener al menos la tensión entre el signo que se da de compartir y el deseo de que esta cultura del de la solidaridad amorosa pueda ser verdadera, al menos entre personas que viven la fe cristiana.

En el siglo IV, San Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, en su comentario a la Primera Carta a los Corintios, comenta cómo se celebraba la Eucaristía en la Iglesia de su tiempo:

«Hay una situación en la cual no hay diferencia entre los que son sacerdotes y los que son laicos: es cuando se trata de participar en los santos misterios. Todos somos juzgados dignos de los mismos privilegios (...) A todos se ofrece el mismo cuerpo. Todos beben de un mismo cáliz. Cualquiera que venga a nuestras iglesias verá al pueblo participando -y de forma importante- en la intercesión. Todos pronuncian la misma oración, llena de compasión. En el beso de la paz, todos nos abrazamos. ¿Por qué sorprenderse cuando el pueblo mezcla sus voces con la del sacerdote? Lo digo para que cada fiel sea consciente de que todos formamos un solo cuerpo. Sólo nos diferenciamos en lo que un miembro del cuerpo difiere de otro. Progreseemos juntos, porque esto conduce a mayores oportunidades de salvación y a un aumento de la caridad. Sin orgullo ni complejo de inferioridad en relación con los demás. Quien ocupa el primer lugar asume más fatigas y más responsabilidades, no honores. En la Iglesia, tenemos que ser como una sola casa. Que todos sean un solo cuerpo”<sup>1</sup>.

¿Qué diría este obispo si viniera hoy a una de nuestras eucaristías parroquiales?

El memorial de la cena de Jesús debería ubicarse en la misma perspectiva de lo que el escritor indígena Ailton Krenak llama el «futuro ancestral»<sup>2</sup>. Es la memoria peligrosa de lo que Jesús señaló como futuro posible, la comunión universal y el compartir, para recuperar la utopía que nos señalaron nuestros antepasados. Desde esta misma perspectiva, los Aymaras suelen decir: «El presente ya es pasado. El futuro está en la ancestralidad».

En los años 90, Bastiaan Wiellenga, pastor luterano holandés que vivió inserto con la gente pobre de la India, escribió:

«La memoria es un fundamento de la fe bíblica y, supongo, de todas las tradiciones culturales y religiosas a favor de la vida». Significativamente, el hebreo llama pasado a lo que está

---

<sup>1</sup> CRISÓTOMO, João, **Homilia sobre 1 Cor.** P.G.col.527. citado em TEXTES SPIRITUELS, n34, Abbaye de Tournay, France, 1976, p.118.

<sup>2</sup> - Cf. KRENAK, Ailton. **Futuro ancestral.** São Paulo: Companhia das Letras, 2022.

«delante» (lifne) y futuro a lo que está «detrás», al otro lado (aharon). Su fe, muy centrada en la esperanza, implica un viaje de vuelta hacia el futuro»<sup>3</sup>.

Los últimos documentos vaticanos siguen considerando los sacramentos desde la cuestión jurídica de la validez. Dan prioridad a la fidelidad a la materia y forma. Hasta parece que si el ministro que celebra no pronuncia las fórmulas que el Ritual Romano ordena, Dios no acepta y no reconoce el sacramento. Los funcionarios de la Cura están más preocupados por la validez jurídica que por comunicar la esperanza que el sacramento debería contener. Se contentan con lo arcaico, que intentan reproducir mecánicamente y no se dan cuenta de la diferencia entre lo arcaico y lo ancestral.

Cualquiera con un mínimo de información puede ver que, en la Iglesia Católica, las experiencias de inculturación litúrgica todavía posibles hasta la década de 1990 ahora están siendo completamente reprimidas.

Aunque tengamos un profeta como el Papa Francisco en Roma, en nuestros días nuestra Iglesia vive un duro invierno y una época de profunda aridez espiritual. En algunos aspectos, el hecho de que las comunidades están siendo llevadas a volver al modelo eclesial de Cristiandad y a un catolicismo devocional superficial, en las parroquias e incluso en las capillas de base, es quizás más grave que en los días de Juan Pablo II y Benedicto XVI. El conservadurismo eclesial y litúrgico se ha extendido a los más diversos ambientes eclesiales.

Gracias a Dios, incluso en medio de tantas dificultades, cada vez más las comunidades cristianas de base e grupos de pastorales sociales se reúnen para celebrar la memoria de Jesús en lo que llaman de “ágape”, una celebración laical y más libre, de carácter ecuménico y que prioriza la comunión como expresión de acción de gracias y el compartir como profecía de la justicia amorosa de Dios en el mundo.

Según documentos de la Patrología, en el siglo III, la comunidad cristiana martirizada de Abilene, en el norte de África, respondió al emperador Diocleciano, que les había prohibido reunirse para celebrar la Eucaristía en las vigilias dominicales. Aquella comunidad respondió al imperador romano: «Sin la celebración del domingo, no podemos vivir»<sup>4</sup>.

No puedo sino agradecer que, en estos días, incluso en medio de un ambiente eclesial desfavorable, el Espíritu haga surgir estas formas nuevas y más sinodales de celebraciones seculares y más actuales del memorial pascual de Jesús en la Cena.

---

<sup>3</sup> - WIELLENGA, Bastiaan. **Reorientar nossas esperanças?**, in *Cadernos Fé e Política* 11, 1994, p. 19.

<sup>4</sup> - Cf. *Martyrologium Romanum* (Libreria Editrice Vaticana, 2001 ISBN 88-209-7210-7)